



**"¡Soy  
el Monroe  
masculino!"**

Odiado por los hombres, perseguido por las mujeres,

esta es la vida de...



# "¡Soy el Monroe masculino!"

**Odiado por los hombres, perseguido por las mujeres,  
esta es la vida de Liberace, el Casanova del piano**

*Especial para Elite*

Filo de la medianoche. En el Café de París, el más costoso de los Cabarets de Londres, se amortiguan impresionantemente las luces de los candelabros laterales. En cambio, de pronto se encienden reflectores dirigiéndolos a la escalina que lleva a platea. Se oye un sonido de clarín, y haciendo tintinear los peldaños avanza Liberace, el ideal de las niñas tobilleras y el capricho de las damas maduras y maternas. Es el hombre que ya recibió 25.000 propuestas de matrimonio y puede pavonearse de que le llegan tantas cartas en un

dia como a Marilyn Monroe en una semana.

Este hombre, que enloquece a las mujeres norteamericanas y ha invadido a Londres, es un pequeño gordiflón. "Tiene los colorettes de un pastel de frutas", escribieron los críticos, que habían acudido a oír un pianista y se vieron obligados a describir un payaso filarmónico, porque Liberace, el galán joven de los Estados Unidos, es un exhibicionista entre los músicos. Llegó a Londres en el pleno dominio de ese arte.

En el Café de París al

sonar las doce de la noche se presenta vestido de cascaca plateada. Los reflectores lo van iluminando hasta su piano de cola, que tiene la tapa hecha de cristal. El instrumento ocupa un sitio histórico. Aquí Marlene Dietrich en su traje de escándalos cantó ante auditorios completos semana tras semana. Aquí bailaba la Princesa Margarita Rosa con Peter Townsend, cuando todavía se dejaban ver juntos. Esta noche también la platea es un ramillete de descotes, porque las mujeres más caras de Londres esperan ver a Libera-

ce, el fenómeno sexual de los Estados Unidos.

Apenas cumplió 35 años, pero ya hilos de plata se entreveran en sus bucles artificiosos. Sus manos, que en el año ganan cientos de miles de dólares, se ven rosáceas y polveadas como las de un bebé. Y no se cansa nunca de sonreír.

La música que se escapa de la tapa de cristal se hace más ardiente. Liberace es un continuo temblor. El plateado frac se estremece, y las manos vuelan como las de un buen pianista. Estallan los aplausos.

—"Creo entender que

vosotras estais contentas de verme", dice con voz meliflua dirigiéndose a los descotes de la platea, y después les habla sarcásticamente a las pecheras duras: —"De lo contrario, no habríais vosotros pagado tíquetes tan caros". Unas y otras ríen y aplauden.

Se frota las manos, las enjuga en el cojín de color plateado del taburete del piano y las deja caer sobre las teclas. Dos o tres escalas. Pequeños acordes. Luego algo de Chopin o de Beethoven. Pero, de todos modos, de Liberace.

(Pasa a la página siguiente)

## LIBERACE

Sin embargo, el artista los rechaza. A él no le corresponde el agradecimiento, dice con modestia, y su brazo les indica a los reflectores la verdadera dirección. Recargada de joyas, vestida de encajes, con los ojos severos detrás de nítidos lentes, resalta de pronto entre las luces la Señora Liberace. —“Mamita!”, dice dulcemente el afortunado hijo. Una vendedera de cigarrillos apenas le alcanza a entregar un ramo de flores, a tiempo que él se arroja hacia su mamita con los brazos abiertos. Emocionalmente la apretuja y la besa. La mamita se saca los lentes.

—“A mi mamita le debo yo todo”, declara Liberace, y lágrimas nunca vertidas antes corren a esconderse en los tibios descotes de muchos trajes de gala. En cambio, detrás de las camisas duras comienzan a formarse risotadas. —“Desde cuándo es ridículo querer uno a su madre?”, pregunta el hermoso hijo, y las damas aplauden nuevamente.

El reflector lanza ahora una suave luz amarilla. Liberace charla lo que le ha enseñado su madre: en Milwaukee nació en 1920 como tercer hijo de una madre polaca y un padre italiano. Se llama Wladziv Valentino Liberace. A los dos años ya podía nadar, y tocaba con un dedo: “No tengo bananas”. Antes de que su hijo sacara literalmente el oro de sus dedos, los Liberace eran pobres, pobrísimos, y así lo cuenta con tristeza. Pero su mamita le descubrió el talento, viendo que esperaba sus clases de piano como quien tiene hambre, y que practicaba con más formalidad que ningún otro niño. Una vez se hirió un dedo, y el médico, llamado a la casa, propuso que se lo amputaran, pues de lo contrario correría peligro su vida. Sólo que la mamita decidió: —“Aquí no necesitamos un médico, sino un milagro”. Y el milagro se produjo, porque sanó de su dedo Liberace, tocó en tabernas, después en bares, por último en cabarets elegantes, a tiempo que procuraba estudiar música con verdaderos maestros. En 1941 se presentó al servicio militar, pero no lo aceptaron a causa de una debilidad de la columna vertebral. Tuvo así que limitarse a divertirse con su piano. En 1951 descubrió la televisión, y que su rostro se reproducía como pocos en la pantalla. Mamita podía sentirse contenta. —“Hasta entonces el viaje fué difícil, pero ella siempre estuvo a mi lado



“TIENE los colores de un pastel de frutas”, fué la definición de los críticos. Las mujeres lo adoran, los hombres lo encuentran ridículo. Tiene 40 trajes y 6 smokings, uno de ellos bordado en oro, que constituye su mayor orgullo en la materia.

y me guió”, declara hoy el hijo, lo que movió a un destacado crítico musical a observar: —“Seguramente existen mejores pianistas. Pero ninguno de ellos quiere a su mamá como Liberace”.

En el curso de cuatro años este hombre con el complejo materno se convirtió en estrella de la televisión de los Estados Unidos. —“Soy el Billy Graham de la música”, dice con razón Liberace, “y cuando estoy en buen ánimo, soy para las mujeres lo que Marilyn Monroe es para los hombres”.

Los investigadores de la opinión calculan su público americano en 35 millones. 200 Clubes con un cuarto de millón de miembros llevan su nombre; 200 estaciones televisoras proyectan regularmente sus ejecuciones en el piano, que unidas a su rostro de hijo amable e ingenio le abren los corazones y los cofres de damas otoñales: sólo en el último año recibió de admiradoras incógnitas joyas por valor de 10.000 dólares. Y el número de pares de medias tejidas expresamente para él entre lágrimas y con amor podría llenar varios vagones de mercancías.

Gracias a estos éxitos pudo al fin Liberace hacerse en América a una mansión que llena todos sus sueños de pianista: al tocar un timbre, su nombre aparece en letras Neon sobre el muro

del jardín, e inmediatamente después surge una doncella de servicio que dice: —“Liberace os da la bienvenida”. Nueve cuartos, inclusive el dormitorio de color rosa de su madre, están adornados de negro y oro. El libro de huéspedes tiene la forma de un piano, al igual de su piscina, de sus mancornas y de su anillo de oro.

—“Te traemos a Londres en forma de piano”, gritaron por esto, al par exultantes y llorosas, 3.000 mujeres inglesas, que lo esperaban impacientes en la Estación de Waterloo. Lo cubrieron con hojillas de papel rosado, en que habían escrito declaraciones de amor, regaron flores en el trayecto entre su tren especial y su automóvil particular, y algunas se desmayaron, porque Liberace con su manera sencilla les había estrechado la mano. El sonreía sin interrupción, inclusive cuando vió el letrero que le enfrentaron unos estudiantes con estas palabras: —“Es esta la única contribución de América al arreglo de la crisis del Canal de Suez?”.

—oOo—

—“Y ahora”, anunció Liberace a la una de la mañana en el Café de París, “os voy a tocar algo dedicado a mis críticos. Es un trozo que se llama CELOS”.



UN BESO A TRAVÉS DE LOS VIDRIOS. En Londres, Liberace fué puesto en el cielo por las inglesas, como lo ponen las americanas en los EE. UU.

Las damas aplauden, los caballeros ríen, los camareros celebran en la penumbra el descorchar silencioso de numerosas botellas de

champaña, y Liberace toca pésimamente. Sus manos cavaban las profundas octavas, de pronto se detienen. La gente va a aplaudir, pero Li-

berace, el sapiente, hace un ademán negativo: —“Todavía no. Continúo”, les dice, y seguidamente espumea sus notas más altas. Con-

ambos brazos fuerza un golpe final sobre el piano. La ovación se produce. —“Una vez”, confiesa Liberace, “me enfurecí tanto con los críticos, que hube de llorar todo el camino hasta el Banco en que iba a depositar mis ganancias”.

Liberace es persona franca. Le gusta vanagloriarse de su dinero. —“Mamita era pobre” (de su papá no habla, porque se divorció) “y yo luché contra la pobreza, consiguiendo todo lo que quería”. Muestra su frac plateado, su camisa de color rosado, con abotonaduras de perla. —“Mi público gusta de esto. De otro modo no lo pagaría, dice desplegando un pañuelo.

Durante tres minutos suavemente fricciona y acaricia sus dedos, que ha asegurado en Lloyd's por un millón de dólares. El anillo de sello en forma de piano brilla bajo el reflector. Uno palpa, por decirlo así, el gran valor de los pulgares de Liberace.

Este Casanova con las manos untadas de crema y el rostro cubierto de polvos

no toca en realidad el piano. Los martillos de madera de su instrumento tocan las cuerdas de almas insatisfechas. Esa clave la domina como un virtuoso. —“Mi mamita hizo todo por mí”, ¿Qué mujer no llora al oír esto? —“No me casaré nunca, porque quiero a todas las mujeres”. ¿Cuál es la dama que rechaza la adoración? —“A las personas que gustan de mí les falta algo en la vida. Se ahogan en la rutina de su trabajo. Pero mi música les trae un desahogo”.

Liberace, el brujo del piano, el Casanova de las teclas blancas y negras, habla así con amable sonrisa. Un poquito de Chopin, un trozo de Beethoven y algo de Gerswin. Cuando nuevamente roza el teclado, el hermano de su alma, llamado George, armado de su violín, oprime un botón en el proscenio, y un candelabro, accionado eléctricamente, enciende sus bujías confidenciales. Al apagarse los reflectores, se hizo íntimo el ambiente en la platea. Y Liberace gotea suavemente su música.

“Os traemos a Londres en forma de piano” gritan las inglesas a Liberace, quien ha llegado a mostrar su arte de conquistador de corazones algo envejecidos y de niñas ingenuas.



Las damas aplauden, los caballeros ríen, los camareros celebran en la penumbra el descorchar silencioso de numerosas botellas de

champaña, y Liberace toca pésimamente. Sus manos cavan las profundas octavas, de pronto se detienen. La gente va aplaudir, pero Li-

berace, el sapiente, hace un ademán negativo: —“Todavía no. Continúo”, les dice, y seguidamente espumea sus notas más altas. Col-

de dólares. El anillo de sello en forma de piano brilla bajo el reflector. Uno palpa, por decirlo así, el gran valor de los pulgares de Liberace.

Este Casanova con las manos untadas de crema y el rostro cubierto de polvos

violin, oprime un botón en el proscenio, y un candlabro, accionado eléctricamente, enciende sus bujías confidenciales. Al apagarse los reflectores, se hizo íntimo el ambiente en la platea. Y Liberace gotea suavemente su música.

“Os traemos a Londres en forma de piano” gritan las inglesas a Liberace, quien ha llegado a mostrar su arte de conquistador de corazones algo envejecidos y de niñas ingenuas.

